

CICERON TRADUCTOR

La personalidad de Cicerón es una de las más ricas y fecundas de su época y, también, la que más proyección ha tenido a través de los siglos. Los tratadistas dividen la época clásica de la Literatura latina en dos períodos: el propio de Cicerón y el que sigue a Cicerón. Cicerón, pues, en el centro, dando nombre, luz y contenido a un siglo en el que brillaron también otros astros de primera magnitud. Cicerón se ganó este caudillaje literario por méritos innegables, recogidos a lo largo de una vida toda plenitud y laboriosidad. Su producción, teniendo en cuenta su dedicación a la política y sus continuos achaques, como el mal de ojos ¹, fué asombrosa para su tiempo y lo es también para el nuestro. Asombrosa por la cantidad y por la variedad, pues ensaya con profusión casi todos los géneros literarios. Solamente los géneros dramático e histórico permanecieron ajenos a su pluma. De haber vivido más tiempo, sin duda que habría intentado arrebatarse también la palma a los grandes historiadores latinos y aún a los griegos. Sí sabemos, por sus obras, que le gustaba hacer incursiones por el campo de la historia patria y que lo hacía con gran maestría, como lo prueba, entre otros, su tratado «*De Republica*». Michel Rambaud, nos ha dado una curiosa monografía sobre «Cicéron et l'histoire romaine» (París, Les Belles Lettres, 1953).

Pero dejando a un lado todas las otras actividades de Cicerón, que son múltiples y hasta de mayor relieve, vamos a fijarnos sólo en su condición de traductor.

¹ Cf. R. OLAECHEA, *Humanismo y humanidad de M. Tulio Cicerón*, en «Humanidades», 10 (1958), pp. 28-31.

«Helmántica», 30 (1958).

I.—CICERON, TRADUCTOR DEL GRIEGO

1) *Sus traducciones.*

Sabemos que Cicerón tradujo a su lengua patria obras enteras de los grandes oradores griegos, por ejemplo, el *Pro Corona* de Demóstenes ². Es una lástima que esta traducción, aunque hecha para él, para su regalo y estudio —«ut orator»—, no haya llegado hasta nosotros, pues sería de un valor extraordinario para calibrar su personalidad como traductor. Cicerón, entusiasta admirador del más alto orador griego, orador él por vocación y estilista consumado, pondría en esta tarea intuición y pasión, trabajo y habilidad. En el *Brutus* tributa el máximo elogio al genio de Demóstenes al confesar, humildemente, su incapacidad para volar tan alto: «Demosthenem igitur imitemur. O di boni! quid, quaeso, nos aliud agimus aut quid aliud optamus? At non assequimur» ³.

No conservamos ninguna obra entera traducida por Cicerón; solamente fragmentos del *Económico* de Jenofonte, del *Ti-meo* y del *Protágoras* de Platón, y en hexámetros los *Fenómenos* y los *Pronósticos* de Arato. Además, multitud de citas, tanto de los poetas como de los filósofos, fruto espontáneo de su rica cultura griega. Todo parece indicar que la mayoría están hechas de memoria y, por tanto, no nos sirven de punto de apoyo para juzgar su calidad como traductor. El pensamiento filosófico griego —del que Cicerón es un brillante vulgarizador— fluye de su pluma con frescura y abundancia. Pero creemos exagerada la posición de quienes como Mommsen, Madvig o Plasberg, intentan ver tras cada frase ciceroniana un modelo griego. Mommsen, el inspirador de toda una serie de acérrimos detractores de Cicerón, ha escrito este elogio: «Cicerón es el verdadero creador de la prosa latina moderna. Su arte de estilo es su mejor gloria y lo que le ha dado toda su importan-

² El testimonio es del propio Cicerón en *De opt. gen. orat.*, 5, 14: «Converti enim ex Atticis duorum eloquentissimorum nobilissimas orationes inter se contrarias, Aeschinis Demosthenisque».

³ Cic., *Brut.*, 84, 289.

cia»⁴. Nada más. Mommsen no reconoce más méritos a este hombre polivalente. A lo sumo, el de ser un hábil compilador de textos de epicúreos, estoicos o sincréticos, con los que él zurcía sus diálogos, sin que hubiera puesto nada de su cosecha, a no ser tal o cual introducción que iba a buscar en su gran repertorio de prefacios. El historiador alemán apoya un juicio tan rotundo y severo en un pasaje de una carta del propio Cicerón, en la que responde a un amigo asombrado de la fecundidad literaria del escritor: «No son más que transcripciones y copias que cuestan poco trabajo; en ellas sólo tengo que poner las palabras, y poseo tantas, que por muchas que gaste todavía me quedan»⁵. ¿No habrá aquí algo de ese fino humorismo en el que Cicerón eran maestro consumado?⁶ De todos modos, de esta confesión no se puede deducir honradamente más de lo que todos admiten, que en sus diálogos filosóficos se sirvió de fuentes doctrinales griegas, pero que son íntegramente suyas la elaboración y la composición literaria. Y no es éste un mérito menguado, como veremos. Roland Poncelet, en su ponderado y erudito estudio sobre Cicerón traductor, se sitúa a una prudencial distancia de sus admiradores incondicionales como Meillet, Marouzeau, Liscu, pero se pronuncia decididamente en contra de los que opinan como Mommsen⁷.

⁴ T. MOMMSEN, *Historia de Roma*, t. II, Edit. Aguilar, Madrid, 1956, p. 1158.

⁵ T. MOMMSEN, o. c., p. 1162. MENENDEZ PELAYO, en su *Historia de las Ideas Estéticas en España*, Obras Completas, t. I, Santander, 1940, pp. 118-119, nota, protesta contra la injusticia de Mommsen con Cicerón. Concluye así su fuerte alegato: «Si hay algún periodista en este negocio, el periodista no es ciertamente Marco Tulio, sino Teodoro Mommsen, que con toda su enorme ciencia y su peregrino talento de adivinación y de reconstrucción, no se ha librado muchas veces de la común calamidad moderna de escribir la historia en estilo de periódico y de mirar lo pasado con los ojos de lo presente».

⁶ Cfr. A. HAURY, *L'ironie et l'humor chez Cicéron*, Paris, 1956.

⁷ R. PONCELET, *Cicéron, traducteur de Platon*, Paris, 1957, p. 321.

2) *Concepto de la traducción en Cicerón.*

Hay otros que niegan a Cicerón calidad como traductor. Tampoco él se ha librado del clásico «sambenito» de *traduttore traditore*. Sus traducciones —dicen— son arreglos; hace caso omiso de la *fidelidad* que en la jerarquía de las cualidades tiene la primacía. Fray Luis de León nos da un canon riguroso del buen traducir: «El que traslada ha de ser fiel y cabal, y si fuese posible, contar las palabras para dar otras tantas, y no más ni menos, de la misma cualidad y condición y variedad de significaciones que las originales tienen»⁸.

Ya dejamos dicho que muchas veces cita o traduce de memoria, otras solamente *quoad sensum*, y, por tanto, no intenta hacer obra de traductor como tal, sino de simple transmisor del pensamiento griego. Además, conduce a muchos errores el querer aplicar a una época los conceptos de otra. Es elemental para juzgar objetivamente una obra que antes nos enteremos de lo que el autor intenta. ¿Cómo entendía, pues, Cicerón la traducción? En su obra *De optimo genere oratorum* escribe: «Nec converti ut interpres, sed ut orator, sentiis iisdem et earum formis, tamquam figuris, verbis ad nostram consuetudinem aptis: in quibus non *verbum pro verbo* necesse habui reddere, sed genus omnium verborum vimque servavi. Non enim ea me annumerare lectori putavi oportere, sed tamquam appendere»⁹. Es verdad que él da esta norma primariamente para la traducción de los oradores griegos, traducción por tanto literaria, pero también la siguió en sus traducciones filosóficas, aunque en parte solamente por razones obvias de una mayor

⁸ FRAY LUIS DE LEÓN, *Obras Completas*. Edit. B. A. C., Madrid, 1944, pp. 29-30.

⁹ Cic., *De opt. gen. orat.*, 5, 14. Y un año más tarde en *De fin.*, 3, 4, 15, vuelve a exponer su teoría con un poco más de amplitud: «Nec tamen exprimi *verbum e verbo* necesse erit, ut interpretes indiserti solent, cum sit verbum, quod idem declaret, magis usitatum. Equidem soleo etiam, quod uno graeci, si aliter non possum, idem pluribus verbis exponere: et tamen puto concedi nobis oportere, ut graeco verbo utamur, si quando minus occurret latinum».

fidelidad al pensamiento. Suya es también otra norma que se acomoda mejor a las traducciones de tipo científico: «Re enim intellecta in verborum usu faciles esse debemus»¹⁰. Aquí proclama fidelidad al pensamiento y libertad literaria, con lo que intentaba definir lo que debe ser la traducción ideal: *fiel y elegante*. Con esta norma pretende huir de los dos escollos que amenazan al traductor: el de querer ser tan fiel que sea infiel al genio de la propia lengua, y el de ser tan libre que su traducción parezca obra nueva. Cicerón si peca de algo es de ser demasiado fiel al genio del latín, a la «*incorrupta latini sermonis integritas*»¹¹.

3) *Dificultades del traductor.*

Ya Garcilaso de la Vega dijo que «es cosa tan dificultosa traducir bien un libro como hacerle de nuevo». Las dificultades pueden ser múltiples y surgen cuando menos se las espera. Son desagradables sorpresas que contribuyen a hacer aún más ingrata la labor del traductor. Jiménez Delgado esquematiza

¹⁰ Cic., *De fin.*, 3, 16, 52.

¹¹ Cic., *Brut.*, 35, 132. G. CUENDET, en su artículo, *Cicéron et Saint Jérôme traducteurs*, en «*Revue des Études Latines*», 11 (1933), pp. 380-400, hace un estudio comparativo del método de traducción seguido por Cicerón y S. Jerónimo, ambos traductores del griego. Fundamentalmente utilizan los mismos recursos; pero no es la misma la concepción de lo que debe ser una traducción. Concluye el autor haciendo resaltar las cualidades de uno y de otro traductor: «Cicéron entend rester lui-même et ne porter aucune atteinte à la pureté de sa langue. Sa traduction a toujours quelque chose d'imprévu, de personnel. Il se joue des difficultés avec une aisance souveraine. Du reste, peu lui importe la lettre de l'original pourvu qu'il en respecte l'esprit; il sait rendre les nuances d'une phrase grecque, quitte à lui faire subir une métamorphose complète... En revanche, saint Jérôme ne vise qu'au calque; il abdique sa personnalité et, dégagé de tout purisme, il prétend reproduire chaque détail de son modèle; il y réussit si bien que le grec perce partout sous le latin. Somme toute, Cicéron et saint Jérôme ont atteint le but qu'ils s'étaient assignés: l'un a donné à la traduction l'éclat d'une oeuvre originale, l'autre a réalisé une copie fidèle» (pp. 398-400).

las barreras que dificultan toda buena traducción, reduciéndolas a tres:

«1.^a Las que proceden de la lengua del original que se quiere traducir (o sea, del no estar bien impuesto en élla).

2.^a Las que provienen del poco dominio o de la poca adaptabilidad de la lengua en que se traduce.

3.^a Las que se originan de no estar impuesto el traductor en la materia, en el género literario, el ambiente cultural del autor o del texto propuesto»¹².

Tratándose de Cicerón podemos descartar, sin temor a equívocas, dos de las barreras apuntadas. Sabemos que Cicerón dominaba a la perfección la lengua griega. Basta abrir al azar las cartas escritas con calor de intimidad a sus familiares y amigos, y sobre todo a Atico, para ver cómo las palabras y frases griegas brotan espontáneas y abundantes. Y eso que Cicerón rehuye, por sistema, el uso de palabras griegas: «Scis, enim, me graece loqui in latino sermone non plus solere quam in graeco latine»¹³. Para Cicerón la lengua griega no tenía secretos.

Menos aún los tenía la lengua latina. Cualquiera que se haya asomado a las páginas de sus libros habrá sentido el regalo de su maravillosa prosa, de una prosa transida de belleza y naturalidad que jamás cansa. Cicerón dió al latín categoría ecuménica y alas para remontar las fronteras de los siglos. Exquisito estilista supo pulsar con maestría las cuerdas más sonoras y delicadas de la lengua del Lacio.

Así, pues, no queda más que culpar de las posibles deficiencias de la traducción ciceroniana a lo que Jiménez Delgado llama «la poca adaptabilidad de la lengua en que se traduce», y que con frase de Lucrecio podíamos bautizar la «patrii sermonis egestas».

¹² JIMENEZ DELGADO, *La traducción latina*, Páginas de la Revista de Educación, núm. 17, Madrid, 1955, p. 14.

¹³ Cic., *Tusc.*, 1, 8, 15.

4) *La resistencia del latín.*

En plena época clásica latina, cuando las musas emigrando de Grecia a Italia hablaban en la lengua del Lacio, los latinos tienen que confesar humildemente su incapacidad para expresar ciertas cosas. Es que el genio romano, esencialmente realista y práctico —pueblo de labriegos y soldados—, había creado una lengua también práctica, concreta. Buena prueba de ello es esa famosa receta conocida por todo escolar de latín de «el concreto por el abstracto». Había, pues, en la lengua una repugnancia a lo abstracto y, por tanto, al lenguaje filosófico, que sería la cruz de los pocos que acometieron una empresa filosófica.

Lucrecio (99-55), clásico por cronología y un poco arcaizante por gusto, poeta y discípulo de filósofos, acomete la ardua tarea de hacer una obra poética y rigurosamente filosófica a la vez. Decididamente, apuntaba muy alto. El verso sale de su pluma despojado, desnudo de poesía, y las teorías filosóficas faltas de palabras exactas. Un poema filosófico sin embrujo poético ni rigor científico. Lucrecio lucha titánicamente con la lengua, a veces con fortuna. Pero hay pasajes en que tiene que darse por derrotado:

«Nunc et Anaxagorae scrutemur homoeomeran¹⁴
quam Grai memorant, nec nostra dicere lingua
concedit nobis patrii sermonis egestas»¹⁵.

Cicerón (105-43), coetáneo riguroso de Lucrecio y probable heredero de su poema, se encuentra exactamente con las mismas dificultades al intentar una obra tan difícil y de tanto

¹⁴ Este término griego ὁμοιομερῆ que en la filosofía de Anaxágoras significa las *partículas homogéneas* que constituyen las distintas sustancias, intraductible para Lucrecio, es vertido al latín por Cicerón mediante una perífrasis: «partículas similares inter se» (*Acad.*, 2, 37, 118).

¹⁵ LUCR., *De rerum Natura*, 1, 830-832. La misma queja repite otras dos veces, en 1, 139 y 3, 260.

mérito cual era el hacer el trasvase de la filosofía griega al latín. Pero se resiste a compartir la idea lucreciana de la *egestas*. Con todo, cuando la dificultad se presenta hosca e invencible, parece como que la pluma le traiciona y un quejido involuntario de impotencia casi vergonzosa se le escapa: «Dicam, si potero, latine...»¹⁶. «Graeci illi, quorum copiosior est lingua quam nostra»¹⁷. O el «at non assequimur»¹⁸, cuando habla de sus infructuosos esfuerzos por imitar a Demóstenes. Otras veces es la imposibilidad de traducir con una sola palabra el término griego: «Sequitur illa divisio, ut bonorum alia sint *ad illum ultimum* pertinentia (sic enim appello quae τελικά dicuntur: nam hoc ipsum instituamus, ut placuit, *pluribus verbis dicere, quod uno non poterimus*, ut res intellegatur»¹⁹. Pero en seguida se arrepiente de esta debilidad al confesar la *inopia* o la *egestas* de la lengua, y enfáticamente dogmatiza: «Nos non modo non vinci a Graecis verborum copia, sed esse in ea etiam superiores»²⁰. Es como un grito de rebeldía repetido en todos los tonos. Y una y otra vez habla de la *copia dicendi*, de la *abundantia sermonis*, que se ha de entender de la oratoria «asiática», no del vocabulario filosófico. Sobre este afán de ocultar lo que es manifiesto comenta atinadamente R. Poncelet: «Un bon moyen de paraître riche quand on souffre de la pauvreté, c'est de produire aux yeux en même temps tous les biens dont on dispose»²¹.

Esto fué lo que hizo muchas veces Cicerón. Pero sin duda, la conciencia de la *egestas* le espoleaba, como a Lucrecio, en la

¹⁶ Cic., *Tusc.*, 1, 8, 15.

¹⁷ Cic., *Tusc.*, 2, 15, 35.

¹⁸ Cic., *Brut.*, 84, 289.

¹⁹ Cic., *De fin.*, 3, 16, 55.

²⁰ Cic., *De fin.*, 3, 2, 5. Es extraño encontrarse con estas dos afirmaciones que tan rotundamente se excluyen en obras escritas el mismo año 45. Aunque el *De finibus* hubiera sido escrito antes de las *Tusculanae*, como parece, la diferencia es sólo de meses. No puede hablarse pues de evolución. Creemos que debe interpretarse como un síntoma más de la conciencia que tenía Cicerón de la *egestas* de la lengua y de su gran resistencia a reconocerlo públicamente.

²¹ R. PONCELET, o. c., p. 218.

dura tarea de acrecentar el vocabulario latino de términos filosóficos, ya fuera calcándolos del griego, ya sacándolos de la misma entraña del latín o dando a palabras ya existentes una nueva acepción. Evita por sistema la mera transcripción de los vocablos griegos, aceptando algunos por haber sido recibidos y usados desde antiguo. Tan benemérita ha sido su labor en este punto que ha sido llamado, tal vez con un poco de exageración, el «creador de la lengua filosófica moderna»²².

Como ya dejamos apuntado, Cicerón encontró dificultades insuperables en su labor de traductor. La lengua latina no había sido formada para las especulaciones filosóficas; carecía de la justeza y medios de expresividad del griego. De ahí ese afán por salir del atolladero buscando giros netamente latinos, puristas. En este afán no hemos de ver siempre una voluntad estilística, sino una exigencia de la pobreza de la lengua.

5) *Qué nos dice Poncelet.*

R. Poncelet, en su amplio y bien pensado libro ya citado, estudia las «negligencias» o «deficiencias» de Cicerón traductor, contemplado desde el ángulo visual del concepto moderno

²² O. LISCU en su libro *Étude sur la langue de la philosophie morale chez Cicéron*, Les Belles Lettres, Paris, 1930, p. 379 (cit. por Poncelet, o. c., p. 61, nota), escribe: «Cicéron a trouvé le moyen de constituer une *langue philosophique* qui s'imposera après lui à tous ses successeurs, et qui, par delà le latin, fournira aux langues qui en sont issues une bonne partie de leur *vocabulaire philosophique*, en servant de véhicule aux idées du monde moderne». En LAURAND-LAURAS, *Manuel des Études Grecques et Latines*, t. II, Paris, 1955, p. 238 leemos: «Cicéron a eu, en particulier, le mérite de former une *langue philosophique* et de rendre en excellent latin des termes grecs très difficiles à traduire». En las mismas ideas abunda MEILLET en el cap. VIII de su *Esquisse*. PONCELET en la obra ya citada, p. 61 apostilla a Liscu: «En réalité, même sur le terrain du vocabulaire, ce sont les successeurs de Cicéron, qui ont constitué les *pressentiments* linguistiques de cet auteur en vocabulaire philosophique technique». Y en la p. 129: «La véritable langue philosophique n'a été institué que longtemps après Cicéron, quand les traducteurs furent un peu moins entêtés que le maître romain de «l'impeccable pureté latine».

de traducción. O, más exactamente, las «lagunas» o «deficiencias» de la misma lengua latina que Cicerón no siempre se preocupó de subsanar. Para probar sus teorías acude casi exclusivamente a pasajes del *Timeo*.

Resumimos algunos de los puntos estudiados por el autor con gran amplitud, y que nos interesan para la segunda parte de este artículo.

En la Parte 1.^a, caps. I-II, trata de la *omisión de las preposiciones*. Escribe: «Dans un recensement des éléments omis par Cicéron traducteur, les relations prepositionnelles tiendraient le premier rang. Ce fait procede d'une impuissance de la langue, non d'une volonté stylistique»²³. Efectivamente, el sistema preposicional griego es extremadamente rico; da ligereza y flexibilidad insospechadas. Es una pieza fundamental. El latín carece de un sistema preposicional equivalente; de aquí que el rigor y el vigor de la idea se debiliten, y los matices, los toques estilísticos tan expresivos en griego, en latín se tornen vague-dades. Y clasifica las omisiones de este género en tres grupos:

1) Caída de las preposiciones que sirven para fijar una localización precisa (*χωρίς, ἐν μέσῳ, ἔξωθεν* etc.).

2) Caída de las preposiciones que son instrumentos esenciales del pensamiento abstracto (*καθ' ὅσον, μετά + Gen., ἐκτός,* etcétera).

3) Muestra una repugnancia especial a *κατά* y, de una manera general, a toda preposición griega señalada por la polivalencia de su empleo.

Al no intentar la creación de un sistema preposicional latino calcado del griego, tenía que llenar esta laguna de alguna manera. Esto es lo que Poncelet estudia en los caps. III-IV, donde habla de los *Paliativos* o substitutos de la preposición. Son:

1.º *El verbo*.—Los verbos a los que Cicerón recurre expresan acciones elementales de la experiencia cotidiana (*imitari,*

²³ R. PONCELET, o. c., p. 52.

sequi, pati, carere, etc.). Dan un carácter de banalidad y vaguedad que contrasta vivamente con la exactitud de las preposiciones griegas. Su sentido es concreto, aun cuando la preposición griega sea abstracta. No constituye un equivalente específico: substituye indiferentemente a diversas preposiciones. Conduce necesariamente a la «*variatio sermonis*»; y esto de dos maneras: por la selección entre varios verbos para evitar la monotonía, y porque la misma naturaleza del verbo permite otras variantes internas: de persona, tiempo, modo...

2.º *El ablativo instrumental*.—Es el equivalente más frecuente después del verbo. Sobre su valor como substituto dice Poncelet que sufre de dos taras:

1) La relación indicada por este caso es de orden primitivo. Nos deja en el plano de la sensación.

2) La palabra en ablativo no puede estar sola; reclama un verbo «*imagé*», que se articula gramaticalmente a la función del instrumental.

En los capítulos V-X continúa el autor estudiando el sistema preposicional griego y latino desde diferentes vertientes.

En la Parte 2.ª, caps. I-III, pasa a estudiar el Artículo, Relativo y Participio.

1.º *El Artículo*.—La carencia del artículo, elemento principal de la especificación, repercute gravemente en la formación de un vocabulario latino filosófico. De aquí que se vea obligado a usar de ciertos mecanismos de reemplazo más o menos eficaces. Unas veces es una palabra sola: *natura, omnis, totus*... Otras echa mano del relativo, lo que lleva consigo entre otras, estas consecuencias: acumulación de subordinadas; multitud de formas verbales personales; abuso del verbo «*esse*»...

Las consecuencias de una semejante laguna —concluye— son de capital importancia: la substantivación del adjetivo, tan necesaria en orden a expresar lo abstracto, está imposibilitada; la definición, esencial en una lengua que carece de términos técnicos, engendra tautologías; muchos conceptos esenciales son excluidos del vocabulario; en lugar de una gama de

exponentes indicando los grados crecientes de abstracción, el latín no tiene más que un solo grado de abstracción...

2.º *La proposición relativa*.—Mientras que la proposición relativa en griego, en general, es solamente usada para fines limitados, en latín reemplaza a compuestos (bien sea íntegramente, o bien colaborando a la definición del compuesto), a derivados, a participios y a artículos. Y concluye: instrumento sintáctico menos flexible que los que reemplaza, la proposición relativa latina obliga a una organización de la frase en ruptura con el orden de lo real. Es empleada para desempeñar un papel específico. Mas, a parte de su ambigüedad y de su inferioridad descriptiva, caracteres comunes a todos los paliativos del latín, hay un punto sobre el cual debemos insistir: la proposición relativa implica el tratamiento de lo absoluto (las ideas expresadas por las palabras compuestas) sobre el modo del relativo.

3.º *El Participio*.—Sobre el método seguido por Cicerón para la traducción del participio griego, expone los siguientes puntos:

1) El equivalente normal del participio griego es la proposición principal independiente.

2) El latín lucha con todas sus fuerzas contra la subordinación gramatical: traduce lo más posible el participio griego por uno latino.

3) La voluntad de precisión es grande; mas cuando el exceso de subordinadas resulta intolerable, Cicerón *se resigna* al empleo del participio de presente para traducir los aoristos...

II.—ESTUDIO COMPARATIVO DEL "FEDRO" (245 C-246) Y DEL
"SOMNIUM SCIPIONIS" (VIII, 27-IX, 28)

En esta segunda parte vamos a hacer un análisis de este texto ciceroniano, considerado por muchos conceptos como un modelo de traducción. Así debió creerlo también el mismo Cicerón, pues al componer en el año 44 sus *Tusculanas* incorporó este párrafo íntegramente al texto en 1, 23, 53-54. Comprendió que al hacer esta traducción por primera vez en su tratado *De Republica* 10 años antes —en el 54— le salió tan perfecta, en exactitud de palabras y en pureza de giros, que apenas necesitaba enmienda alguna. Sólo alguna pequeña variante hemos notado al cotejar los dos textos. En *De natura deorum* 2, 12, 32 nos da también un resumen de este argumento.

Comienza Cicerón omitiendo el $\phi\upsilon\chi\eta\ \pi\acute{\alpha}\sigma\alpha\ \acute{\alpha}\theta\acute{\alpha}\nu\alpha\tau\omicron\varsigma$ que Platón coloca en cabeza del razonamiento. Al escamotear Cicerón estas palabras —el enunciado de la tesis platónica: la inmortalidad del alma individual— parece indicar, como opina Pohlenz²⁴, que lo que él intenta probar es la existencia de un movimiento eterno para el mundo.

Τὸ γὰρ ἀεικίνητον ἀθάνατον· τὸ δ'ἄλλο κινουῦν καὶ ὑπ'ἄλλου κινούμενον, παῦλαν ἔχον κινήσεως, παῦλαν ἔχει ζωῆς. Μόνον δὴ τὸ αὐτὸ κινουῦν...

Nam quod semper movetur, aeternum est; quod autem motum adjfert alicui, quodque ipsum agitur aliunde, quando finem habet motus, vivendi finem habeat necesse est. Solum igitur, quod de se movetur...

1) La carencia de artículo en latín obliga a Cicerón a buscarse un sustituto; y es el relativo el que llena este vacío. El artículo griego, que substantiva a adjetivos y participios dándoles capacidad para expresar lo abstracto, aparece tra-

²⁴ POHLENZ, edición Teubner de las *Tusculanas*, p. 80.

ducido aquí por *quod*+verbo tres veces, y siete a lo largo de todo el pasaje.

2) La incapacidad del latín para traducir en una sola palabra los compuestos griegos, obliga frecuentemente al traductor a usar perífrasis, recurso que encuadra perfectamente en su teoría de la traducción; pero restan rapidez y expresividad al texto, aunque no claridad como en el caso de *ἀεικίνητον* = *quod semper movetur*, o de *ἔμφυχον* = *quod est animal*.

3) También nos sorprende la traducción de *ἀθάνατον* por *aeternum*, significación secundaria. La elección de esta palabra en vez de *immortale*, nos pone en la pista de lo que intenta probar aquí Cicerón: la existencia de un movimiento eterno.

4) Pero lo que más resalta al encarar el original platónico y la traducción ciceroniana es el léxico usado por uno y otro para expresar la idea de movimiento. Platón juega con un solo verbo usado en sus tres voces y con otras formas nominales y adverbiales derivadas de la misma raíz, para expresar las distintas clases o matices del movimiento. Así, la noción de movimiento por el sustantivo *κίνησις*; el hecho de moverse por la medida *κινεῖσθαι*; el hecho de ser movido, sea interiormente (*ἐνδοθεν*), sea exteriormente (*ἔξωθεν*), por la pasiva *κινεῖσθαι*. La idea de ponerse en movimiento a sí mismo por *τὸ αὐτὸ αὐτὸ κινουῦν*; la de poner en movimiento a otro objeto exterior por *τὸ ἄλλο κινουῦν* el adjetivo neutro substantivado *τὸ ἀεικίνητον* indica lo que está dotado de un movimiento eterno ²⁵.

Si Platón persigue la exactitud del razonamiento con ahinco, explotando los medios de expresión que ofrece el verbo griego con sus tres voces y evitando usar palabras de distinta raíz para que la idea ganara en claridad, aunque perdiera en elegancia literaria; también Cicerón se esfuerza por ser fiel a la idea platónica, usando de todas las posibilidades del latín. Pero sigue un plan distinto. Advierte que el verbo latino

²⁵ J. HUMBERT, *A propos de Cicéron traducteur du Grec*, en «Mélanges de Philologie, de Litterature et d'Histoire anciennes offerts a Alfred Ernout», ed. Klincksieck, Paris, 1940, p. 198.

moveo no es tan polivalente como el griego κινέω, y que su uso exclusivo podía originar confusiones, y saca de la rica cantera del latín una variada y expresiva gama de verbos y giros que hacen posible una traducción tan rigurosa y exacta como la original.

En concreto, usa cinco expresiones verbales distintas que J. Humbert cataloga así ²⁶, Cicerón emplea el frecuentativo *agitari* cuando se trata de una incitación permanente venida de un objeto exterior: τὸ ὑπ' ἄλλου κινούμενον = *quod ipsum agitur aliunde* y ὃ ἐξ ὧθεν τὸ κινεῖσθαι = *quod pulsu agitur externo*. Cuando quiere expresar el hecho de ser puesto en movimiento por un objeto exterior —lo que supone anteriormente cesación de movimiento— usa el verbo *impello*: ὃθεν κινηθέντα γενήσεται = (vim ullam) *qua a primo impulsa moveatur*. El aoristo con su significación de *comienzo de la acción* es traducido delicadamente por el participio *impulsa*, que debido al sufijo tiene también idea de comienzo. Para indicar un movimiento que tiene su origen en el alma misma echa mano del verbo *ciō*: ὃ δὲ ἐνδοθεν αὐτῷ ἐξ αὐτοῦ κινεῖσθαι = *id motu cietur interiore et suo*. El hecho de comunicar movimiento a otro objeto, o sea, la activa de κινέω es traducida por la perífrasis *motum adferre alicui*; dejando *moveo* para el sentido medio o reflexivo: *ceteris quae moventur* = ὅσα κινεῖται (significación medial), *quod de se movetur* — τὸ αὐτὸ κινουῦν (sentido reflexivo) ²⁷. La traducción de κίνησις por *motus* está plenamente lograda. Ha dado a esta palabra un doble significado de *movimiento definido* y de *movimiento indefinido*, traducido este último, no ya por el sustantivo *motus*, sino por el giro propiamente latino del gerundio. Sutil distinción que no se percibe en el texto griego y con la que Cicerón prueba las posibilidades de precisión del latín.

5) Cicerón suele traducir el participio de presente griego por una oración relativa, por una subordinada con *cum*, o bien por el mismo participio para evitar la multiplicidad de subor-

²⁶ J. HUMBERT, a. c., p. 199.

²⁷ En *Tusc.*, 1, 23, 53-54, traduce τὸ αὐτὸ κινουῦν por *se ipsum movet (moveat)*, traducción que nos parece más exacta.

dinadas. En estas líneas que analizamos nos encontramos con el participio ἔχον muy bien traducido por una temporal: *quando habet...*

... εἰ γὰρ ἔκ του ἀρχῆ γίγνοιτο, ...*nec enim esset id principium,*
οὐκ ἂν ἐξ ἀρχῆς γίγνοιτο... *quod gigneretur aliunde.*

1) La construcción relativa con matiz de subordinada final, causal, consecutiva, condicional, concesiva es particularmente grata a Cicerón. Basta abrir cualquier obra suya y será rara la página donde no encontremos alguna. Ejemplo de ello es, en este caso, la traducción del εἰ platónico por *quod* con significación de condicional.

2) El uso del adverbio *aliunde*, lugar «de donde», para traducir ἔκ του es un acierto de Cicerón, pues no sólo conserva exactamente, el significado de origen que tiene en la frase griega, sino que además da al latín variedad. Más arriba tradujo ὑπ'ἄλλου también por *aliunde*, aunque con menos precisión. *Aliunde*, como acabamos de ver, connota fundamentalmente idea de lugar de donde, origen; y el significado primario de ὑπό es de *medio, causa*; la equivalencia latina: *ab*. Pero como en el fondo de todo ablativo agente con *ab* hay un matiz de origen, de aquí que la traducción de Cicerón, aún en este caso, refleje con claridad el pensamiento de Platón.

... ἀρχῆς γὰρ δὴ ἀπολομένης, οὐτε αὐτή ποτε ἔκ του, οὐτε ἄλλο ἐξ ἐκείνης, γενήσεται, εἴπερ ἐξ ἀρχῆς δεῖ τὰ πάντα γίγνεσθαι... ἢ πάντα οὐρανὸν πᾶσάν τε γένεσιν συμπεσοῦσαν στῆναι...

...*nam principium extinctum nec ipsum ab alio renascetur nec ex se aliud creabit, siquidem necesse est a principio oriri omnia... vel concidat omne caelum omnisque natura et consistat necesse est (nec vim ullam nanciscatur...).*

1) Otra de las cosas que resaltan en la versión ciceroniana es la indiferencia de empleo de las preposiciones, frente a la

fijeza casi monótona de las preposiciones en el texto platónico. 'Εχ usado tres veces seguidas por Platón es traducido al latín indiferentemente por *ab* y *ex*. Aunque el sentido de la frase se salve una vez más, no es consecuente con la equivalencia propia de las preposiciones: ἐκ = *ex*.

2) El esfuerzo de Cicerón por expresar al latín todo su jugo interno es manifiesto en todo el texto. Magariños comenta así estas dos líneas últimas: «Nótese lo expresivo de los dos preverbios *con-con-* con su aliteración, que pudiéramos llamar anafórica, en que se nos habla de un derrumbamiento y una paralización absoluta de la naturaleza. Para la traducción: *vel necesse est concidat... et consistat nec... nanciscatur*; sin embargo, obsérvese lo incoloro del *natura* frente al *πᾶσάν τε γένεσιν* de Platón»²⁸.

Ἄθανάτου δὲ πεφασμένου τοῦ ὕφ'
ἑαυτοῦ κινουμένου, ψυχῆς οὐσίαν
τε καὶ λόγον τοῦτον αὐτόν τις
λέγων οὐκ αἰσχυνεῖται.

Cum pateat igitur aeternum id esse, quod a se ipso moveatur, quis est, qui hanc naturam animis esse tributam neget?

Otro recurso, o mejor, subterfugio de todo traductor y también de Cicerón, es la omisión de ciertas palabras que, si bien pueden tener alguna fuerza en la lengua original por la construcción de la frase, carecen absolutamente de ella en la lengua a que se traduce; o sencillamente, porque no son traducibles. Varias son las omisiones de Cicerón en todo el trozo que no hemos querido apuntar porque no merecía la pena; el lector de este pasaje no nota que su ausencia perjudique a la claridad y precisión del razonamiento. Señalamos aquí una para constatar un hecho. Cicerón omite *τε καὶ λόγον αὐτόν* que *Liddell-Scott* traduce, «...y definición propia». Cicerón aquí simplifica, elimina un detalle que en realidad es superfluo, pues si la *natura*: naturaleza, esencia del alma es ser *aeterna* (inmortal = ἀθάνατος según Platón) no necesita más definición.

²⁸ A. MAGARIÑOS, *Cicerón: Sueño de Escipión*, Clásicos «Emérita», Madrid, 1950, p. 70, nota.

Πᾶν γὰρ σῶμα, ᾧ μὲν ἔξωθεν τὸ κινεῖσθαι, ἄψυχον· ᾧ δὲ ἔνδοθεν αὐτῷ ἔξ αὐτοῦ, ἔμψυχον, ὡς ταύτης οὐσης φύσεως ψυχῆς.

Inanimum est enim omne, quod pulsu agitur externo; quod autem est animal, id motu cietur interiore et suo: nam haec est propria natura animi atque vis.

1) Notamos en primer lugar la ausencia de σῶμα en la traducción ciceroniana. Una omisión importante que prueba, según M. Van den Bruwaene, que Cicerón no se sirvió de un texto directo, sino de un intermediario estoico, quizás Posidonio ²⁹.

2) Para terminar este análisis, resta llamar la atención sobre otro fenómeno frecuente en las traducciones ciceronianas: el uso del ablativo instrumental como sustituto de la preposición griega. En este caso la elección ha sido indiscutiblemente acertada; el ablativo reproduce con exactitud todos los elementos, sobre todo los prefijos ἐξ y ἐν de ἔξωθεν = *externo* y ἔνδοθεν = *interiore et suo*.

CONCLUSION

1) En conjunto, por lo que respecta a este texto, podemos decir que Cicerón es un traductor «fiel y cabal» según la definición rigurosa de Fray Luis de León. Entre otras cosas, casi consiguió la uniformidad en cuanto al número de palabras, aunque sabemos que por sistema no intentaba esta servidumbre —«non verbum pro verbo»—. En total, 195 palabras en griego y 206 en latín; teniendo en cuenta la sorprendente concisión del griego y la «copiosidad» del latín ciceroniano, la diferencia de 11 palabras no tiene gran importancia. Ha sabido encontrar el punto exacto de la fidelidad al texto y al genio de la lengua.

²⁹ M. VAN DEN BRUWAENE, *Ψυχὴ et νοῦς dans le «Somnium Scipionis»*, en «L'antiquité classique», Bruselas, 1939, p. 130.

2) El arte de Cicerón está hecho de variedad, de tonalidades. Procura matizar cuanto le permite la lengua. Manifestación de esta intención estilística es la «*variatio sermonis*» que tanto parece atraerle. Mientras a Platón, preocupado por el rigor filosófico del argumento, parece tenerle sin cuidado la forma, Cicerón evita, casi con obsesión, la repetición de palabras, pero sin descuidar el rigor de las ideas. Aunque en este texto no se ha remontado a la altura literaria de otros —un argumento no se presta para hacer maravillas estilísticas—, sin embargo, Cicerón ha exhibido en él las múltiples posibilidades de la lengua.

3) Esta «*variatio sermonis*» aparece en las diversas palabras y perífrasis utilizadas para traducir el verbo griego *κινέω* y en la traducción de la preposición *ἐκ*. Platón hace uso de ella 10 veces; Cicerón la traduce indiferentemente por *ex*, *ab*, *aliunde* y *ablativo instrumental*, o sencillamente la omite.

4) En cambio, se muestra casi machacón en el uso de proposiciones relativas. El relativo es en Cicerón una pieza siempre dispuesta a llenar un hueco; desempeña su función propia, la de servir de introducción a subordinadas y la de suplir a artículos, participios y palabras compuestas. Frente a Platón que lo usa sólo tres veces, el traductor lo emplea trece.

Y termino con unas ideas de J. Humbert que ha sabido captar y expresar perfectamente las cualidades de la traducción de Cicerón: Muy frecuentemente no se ha querido ver en la lengua filosófica latina más que un calco servil del griego. Esta página, al contrario, muestra elocuentemente de cuánta libertad, así como también de qué perfecta amalgama de interpretación y de traducción hizo gala Cicerón. Sin violentar su propia lengua, sino más bien explotando todos sus recursos, el traductor hace obra personal. El no solamente regala a sus coetáneos la traducción fiel de una prueba metafísica, sino también nos da a todos un excelente ejemplo de transposición, rigurosa y flexible a la vez, en la lengua de las ideas ³⁰.

TEODORO DE VILLAPADIerna, O. F. M. CAP.

³⁰ J. HUMBERT, a. c., p. 200.